

0488. Jesús, presente en su Iglesia

Empecemos hoy recordando las últimas palabras que, según el Evangelio de Mateo, dirigió el Señor antes de marcharse definitivamente para el Cielo después de haber resucitado:

- ¡Con vosotros estoy, hasta el fin del mundo!

Y esta ha sido, es y será la fe de la Iglesia: Jesucristo está con nosotros, no nos deja, nos acompaña siempre. Pero, ¿cómo, cuándo y dónde?... Resucitado, no lo vemos. Sin embargo, ¡con nosotros está!...

El Papa Pablo VI nos explicó en un documento famoso, con la Palabra de Jesús en la mano, las diversas maneras o formas con que Jesucristo está presente en su Iglesia. Todas ciertas. Todas reales. Todas misteriosas, pero inequívocas, claras, incuestionables. ¿Analizamos algunas palabras de Jesús, como lo hace el Papa y lo había hecho el Concilio? (Pablo VI, *Mysterium Fidei*. Concilio, SC 7)

* Nos reunimos en la iglesia para orar y cantar. Formamos un grupo de oración o de apostolado. Nos congregamos para una obra cristiana..., ¿nos damos cuenta de que Jesús está en medio impulsándolo todo, dirigiéndolo todo, y agradeciéndonos todo lo que hacemos por Él? Su palabra es clara:

- Donde dos o más se reúnen en mi nombre, allí estoy yo, en medio de ellos.

* Si practicamos la caridad, si socorremos a un pobre, a un necesitado cualquiera, material o espiritualmente, ¿notamos la presencia de Jesucristo? Al ayudar a ese hermano, es a Cristo, presente en el hermano, a quien le estamos ayudando:

- Lo que hacéis a uno de estos mis hermanos, a mí me lo hacéis.

Más, es Cristo quien se lo hace por medio nuestro. Está presente en el hermano, y se hace presente en quien ayuda, para hacerlo Él mismo.

* ¿No encontramos a Jesucristo por la calle, no lo vemos en la oficina, no lo adivinamos en todos los que tratamos, no lo sentimos dentro de nosotros mismos?... ¡Y tan clara como es esta su presencia! Basta que estemos en su gracia, por la fe y el amor, para saber de cierto que Jesucristo está realmente presente en cada uno de nosotros. Jesús lo dice así:

- *Vendremos, y haremos en él nuestra morada.*

Y San Pablo es categórico:

- *Por la fe, Cristo habita en vuestros corazones.*

De este modo, Jesucristo vive en cada cristiano que conserva la Gracia, y ese cristiano puede decir y dice en cada instante:

- *¡Cristo está conmigo, junto a mí va el Señor! Me acompaña siempre en mi vida hasta el fin...*

* Y cuando en la Iglesia escuchamos la lectura del Evangelio, cuando oímos la predicación dirigida por el ministro autorizado, ¿a quién estamos escuchando? ¿a un lector cualquiera? ¿a un predicador que expone sus propias ideas? ¿a un cura u obispo, que habla porque es un encargado y ha de cumplir su oficio?

¡No, y mil veces no! Estamos escuchando no a un hombre, sino a Jesucristo en persona.

El Evangelio es la misma Palabra de Jesús. La predicación es la proclamación de la Palabra que Jesucristo confió a su Iglesia:

- *Id, y enseñad lo que yo os he mandado y enseñado.*

El lector o el predicador son el altoparlante; pero, quien está en el micrófono es el mismo Jesús.

* Lo está, de modo especial, en los Pastores de la Iglesia, en el Papa y en los Obispos, en la Jerarquía que Él estableció. Aquí la palabra de Jesús es contundente:

- *Quien a vosotros escucha, a mí me escucha. Quien os acoge a vosotros, me acoge a mí. Y quien os rechaza a vosotros, me rechaza a mí y a aquel Dios que me envió a mí.*

* Pero, donde más se destaca la presencia de Jesús es en los Sacramentos. Son éstos unos signos que realiza el mismo Jesús por medio de sus ministros. Bautice quien bautice, es Jesús quien bautiza... Por eso los Sacramentos son santos, y no dependen de quien los hace visiblemente, sino de quien los está haciendo de manera invisible, que es el mismo Jesucristo.

* Aunque, donde Jesucristo está presente de una manera que excede toda ponderación es en la Eucaristía, en el Santísimo Sacramento del Altar.

Aquí, ya no está con sólo su fuerza, como en los demás Sacramentos. Aquí está Jesús tal como es Él, con su Cuerpo, con su Sangre, con su alma, con su Divinidad.

Está presente aquí como está en el Cielo. Allá, visible en todo el esplendor de su gloria. Aquí, con toda esa misma gloria, pero oculta bajo las apariencias del pan.

La palabra de Jesús es tan clara, que los que la niegan no saben cómo escabullirse de ella, y no saben cómo retorcer su significado:

- *Esto es mi Cuerpo, ésta es mi sangre. Éste soy yo.*

Jesús está presente en la Misa, para que lo ofrezcamos al Padre. Presente en la Comunión, para que lo comamos. Presente en el Sagrario, para hacernos compañía, para que nos estemos con Él a nuestras anchas, sin prisas, como amigos verdaderos...

Cuando creemos y sabemos cómo está Jesús en su Iglesia —siempre, en tantas partes, de tantos modos, hasta el fin de los siglos—, nos preguntamos: ¿podemos quejarnos de soledad?... ¿puede haber frío en nuestras iglesias?... ¿no somos felices, contando siempre con Jesús a nuestro lado?...